

Imágenes cartográficas de Cataluña disponibles en el transcurso del siglo XVIII: de la dependencia a la emancipación

AGUSTÍN HERNANDO

Universidad de Barcelona

Resumen

Cataluña posee un rico patrimonio cartográfico que, en parte, nos es conocido y ha sido estudiado. Como es lógico, una porción significativa corresponde al siglo XVIII, etapa en la que se publican los primeros ejemplares dibujados por autores españoles. Un corpus de cuatro imágenes que, gracias a atributos como caudal informativo y evocadora iconografía, destaca sobre los demás; y lo más importante, accesible al público catalán, ya que todas estas estampas se comercializaban en Barcelona. Este legado ha sido conservado y dado a conocer por coleccionistas, habiendo sido estudiado recientemente por personas ansiosas de descubrir sus méritos intelectuales y establecer su relevancia. Rareza y significado cultural explican que algunas de estas creaciones hayan sido reproducidas en facsímil, acompañadas de un breve estudio monográfico. Las miradas posadas sobre las mismas han sido, hasta la fecha, esencialmente documentales y geográficas, acaparando la atención de estas últimas el arsenal de datos territoriales que atesoran. Alentadas por otras sensibilidades epistemológicas comienzan a efectuarse lecturas que nos invitan a advertir su relevancia como invención al servicio de diversos intereses —políticos o culturales—, y a ahondar en sus efectos sociales, como vehículo tanto encargado de expresar y propagar una identidad, como responsable de promover una imaginación geográfica y forjar unas actitudes territoriales.

Palabras clave: Mapa de Cataluña, siglo XVIII, patrimonio cartográfico, coleccionismo, historiografía, Josep Aparici, conde de Darnius, F. X. Garma, Tomás López.

Resum

Catalunya posseix un ric patrimoni cartogràfic que, en part, és conegut i ha estat estudiat. Com és lògic, una porció significativa pertany al segle XVIII, etapa en la qual es van publicar els primers exemplars dibuixats per autors espanyols. Un corpus de quatre imatges que, gràcies a atributs com el seu cabal informatiu i evocadora iconografia, destaca sobre els altres; i, el més important, era accessible al públic català, ja què totes aquestes estampes es comercialitzaven a Barcelona. Aquest llegat ha estat conservat i donat a conèixer per col·leccionistes i recentment ha estat estudiat per persones deleroses per descobrir els seus mèrits intel·lectuals i establir la seva rellevància. La raresa i la significació cultural expliquen que algunes d'aquestes creacions hagin estat reproduïdes en facsímil, acompanyades d'un breu estudi monogràfic. Les mirades que s'hi han adreçat han estat, fins ara, essencialment documentals i geogràfiques, mentre que l'atenció de les darreres ha estat dirigida a l'arsenal de dades territorials que atresoren. Alenades per altres sensibilitats epistemològiques, comença a efectuar-se'n altres lectures, que ens conviden a advertir la seva rellevància com a invencions al servei de diversos interessos polítics o culturals, i a aprofundir en els seus efectes socials, com a vehicle encarregat d'expressar i propagar una identitat i també responsable de promoure una imaginació geogràfica i forjar unes actituds territorials.

Palabras clave: Mapa de Catalunya, segle XVIII, patrimoni cartogràfic, coleccionisme, historiografía, Josep Aparici, comte de Darnius, F. X. Garma, Tomás López.

Abstract

Catalonia has a rich cartographic heritage that is in part known and has been studied. Naturally a significant portion of this patrimony dates from the 18th century, a period in which the first examples drawn by Spaniards were published. A corpus of four images stands out above the others thanks to attributes such as the amount of information and evocative iconography. More important is its accessibility to the Catalan public, as all these illustrations

were on sale in Barcelona. This patrimony has been kept and made known by collectors and has recently been studied by people eager to discover its intellectual merits and establish its relevance. Rarity and cultural significance explain why some of these creations have been issued as facsimile reproductions with a brief monographic study included. Interest in them has to date been essentially documental and geographic, the latter interest concentrating especially on the arsenal of territorial data they contain. Driven by other epistemological appreciations, new interpretations are being made which invite us to consider their importance as fabrications at the service of various interests—political or cultural—and to delve into their social effects, both as a vehicle to express and propagate an identity and promote a geographic imagination and forge territorial standpoints.

Keywords: maps of Catalonia, 18th century, cartographic patrimony, collecting, historiography, Josep Aparici, Count of Darnius, F.X. Garma, Tomás López.

1. *La identificación de un patrimonio y conformación de unos discursos: los significados atribuidos al mapa de Cataluña*

El conocimiento de los mapas publicados de Cataluña, entre ellos los estampados en el siglo XVIII, es fruto de una perseverante búsqueda llevada a cabo en el transcurso del último siglo. En una primera etapa, este patrimonio iconográfico fue objeto de estima y disfrute por parte de coleccionistas particulares. Así se desprende del examen tanto de la primera gran muestra cartográfica efectuada en Barcelona (1919),¹ como de las sucesivas exposiciones promovidas en esta ciudad. En cuanto a

1. *Exposició Cartogràfica Catalana. 24 de Gener - 15 de Febrer de 1919*, Centre Excursionista de Catalunya, Barcelona, 1919; los mapas mostrados en dicha exposición aparecen descritos en *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, vol. XXIX (1919), pp. 131-175. Con antelación a esta fecha, Barcelona había acogido otras exposiciones

los centros documentales depositarios de dicho legado, estos no eran muy abundantes, como veremos más adelante. Una vez identificado como tal, este conjunto patrimonial ha sido inventariado y descrito pacientemente, sin escatimar esfuerzos, apreciándose su alcance gracias a la edición de catálogos de diverso valor informativo y rigor. Y una parte del mismo ha sido investigado, especialmente aquellos ejemplares más singulares, contribuyendo a forjar algunas de sus más destacadas cualidades. Siguiendo la tradición metodológica al uso, el empeño investigador se ha puesto en averiguar el perfil profesional de sus autores, en su mayor parte aficionados conscientes de las virtudes heurísticas que ofrece el mapa —eso sí, equipados de un buen conocimiento territorial del país—, ya que se trata de la única obra cartográfica alumbrada por ellos. Y ello se ha conseguido recientemente, en el transcurso de las últimas décadas, empleando una indagación empírica, alentada y guiada por la formación e intereses académicos de sus promotores. Además de la novedad que caracteriza a esta historiografía, cabe subrayar que son aportaciones escasas en cuanto a su número y parciales al advertir los exiguos mensajes alumbrados.

Como tema de investigación, el estudio de los mapas heredados del pasado ha experimentado acusados cambios de sensibilidad epistemológica, gozando actualmente de un mayor reconocimiento dentro de la comunidad académica.² De la mirada meramente curiosa y geográfica que el mapa recibe en las primeras manifestaciones, ha pasado a ser contemplado como un valioso documento social saturado de mensajes

cartográficas dedicadas a temas variados, ilustrando las diversas inquietudes sociales del momento.

2. Unos testimonios muy reveladores de todas estas novedosas miradas los encontramos en las páginas de la revista *Imago Mundi*. También resulta muy estimulante la abundante literatura publicada recientemente, entre la que encontramos la escrita por autores españoles. Un hecho que puede sorprender es que el mapa, como imagen polisémica que es, está despertando el interés de investigadores muy variados, desde historiadores del arte o críticos literarios, a documentalistas, historiadores locales, de la exploración, del periodismo o la colonización.

culturales y políticos que debemos tratar de esclarecer. En efecto, esta invención iconográfica constituye una elocuente estampa fruto de la inquietud humana por conocer y controlar la realidad territorial, evocadora de aspiraciones ideológicas y, como eficaz vehículo comunicativo que es, responsable de la concepción y articulación que la sociedad sostiene de la realidad territorial en la que vive. Son algunos de los poderes que esconde la imagen cartográfica y que apenas son señalados. Trasladada esta consideración a nuestro ámbito de estudio, basta reflexionar acerca de la contribución efectuada por el mapa de Cataluña a la concienciación, experimentación y asunción, en todos nosotros, de las cualidades espaciales que reúne su escenario; igualmente, su autoridad como símbolo, credibilidad y fuerza persuasiva que ejerce en el proceso encaminado a cohesionar y representar a la población que lo habita.

En los párrafos que siguen vamos a conocer, en primer lugar, cómo se ha producido la paulatina construcción y estima tributada a este patrimonio iconográfico. Lo ha sido gracias a una labor desplegada en el transcurso del siglo xx, intensificada en su último tercio, la etapa democrática. En segundo lugar, enumeraremos a los protagonistas, los ejemplares cartográficos creados durante el siglo xviii, guiados por los estudios consagrados a los mismos. Gracias a los conocimientos y juicios vertidos en esta historiografía, podemos esbozar sus rasgos más acusados y establecer el origen de algunas de las convicciones forjadas. Finalmente, señalaremos otros aspectos a los que dirigir nuestra atención, alertados por la adopción de miradas gestadas en el seno de culturas epistemológicas y sensibilidades lectoras alejadas de las convencionales.

Esta narración la desglosamos apoyándonos en las tres miradas recibidas por el mapa, unas dimensiones o significados que la sociedad otorga a esta representación geográfica. En primer lugar, el interés que suscita como una *estampa curiosa*. Es decir, la contemplación del mapa de Cataluña como singular y atractiva invención histórica, antigüedad, metáfora evocadora del país o simple grabado artístico. Unas apreciaciones que hacen de él una relevante aportación cultural y que sea co-

diciado por archivos y coleccionistas. En segundo lugar, por su convencional función de *recurso informativo*. Es decir, el mapa como repertorio de datos geográficos, un instrumento cultural con el que acceder a visualizar e imaginar cómo es su escenario, que es como lo contempla la mayor parte de los estudios publicados y las inquietudes que guían sus miradas. Tales aportaciones son las que han contribuido a conformar el discurso académico que actualmente sostenemos acerca de los mismos. Finalmente, prestaremos atención a los *mensajes políticos, sociales y culturales* presentes en su estampa o representación, explícita o veladamente. Unas miradas practicadas por otras culturas lectoras, la iconográfica por ejemplo, con la consiguiente apreciación de dimensiones y significados que esconde tras el repertorio de datos geográficos.

2. *El mapa como estampa histórica, grabado artístico o fuente documental: la estima despertada por esta metáfora iconográfica de Cataluña*

El aprecio dispensado al patrimonio cartográfico de Cataluña, materializado en estudios consagrados a los ejemplares heredados del pasado, es todavía escaso. En efecto, disponemos de insuficientes aportaciones que nos permitan conocer quiénes son sus autores, cuáles son sus atributos y méritos, qué mensajes evocan o qué circunstancias concurren y estimularon su invención. Asimismo, el interés se ha limitado, de manera muy especial, a los ejemplares estampados de todo el territorio, habiéndose relegado otras manifestaciones cartográficas conservadas, como manuscritas o las imágenes de porciones de su escenario.³ Y la labor efectuada ha consistido, primero, en la búsqueda de testimonios

3. Las únicas excepciones serían los repertorios y estudios dedicados a las imágenes de las ciudades, especialmente Barcelona. Los pasos desplegados en su conocimiento pueden verse en Agustín HERNANDO, «Culturas y sensibilidades en la apreciación del paisaje: la primera imagen estampada de Barcelona», *Cuadernos Geográficos*, 51 (2011), pp. 157-173: <http://revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/article/view/237/228>

empíricos, para pasar después, con su descripción y estudio, a establecer un pasado e ir construyendo una historiografía y discurso. Vamos a remontarnos a los primeros pasos de este proceso arquitectónico —la conformación de un legado y saber—, entre cuyos ejemplares se hallan los estampados en el transcurso del siglo XVIII.

3. *La identificación de un legado y génesis de un discurso*

Las primeras inquietudes cartográficas a las que poder remontarnos revelan el interés prestado a unos ejemplares cuya característica común reside en representar todo o parte del territorio de Cataluña. No se repara todavía en la diferencia espacial o de escala que suponen, así como en el desigual valor social desempeñado por un ejemplar de toda Cataluña o su fragmento, estampado o manuscrito, mural o diminuto. Sin duda, el testimonio más elocuente de esta novedosa sensibilidad lo tenemos en la exposición celebrada en el Centre Excursionista de Catalunya (1919) con el título de *Exposició Cartogràfica Catalana*.⁴ [fig. 1] Esta memorable iniciativa cultural y social constaba de algo más de doscientas piezas, aportadas en su mayoría por los propios socios de la institución. De la pausada lectura de su catálogo, un documentado y preciso retrato de lo que estamos tratando, se extraen algunas enseñanzas que juzgamos significativas. En primer lugar, advertimos que el mayor centro documental de material cartográfico existente en la Cataluña de esos años es la propia institución que acoge la muestra, es decir,

4. Dividida en seis partes o secciones, la primera acogía los mapas generales de Cataluña. Una exposición encaminada a «recuperar la personalidad de la nación catalana», surgida de la conveniencia de disponer de un mapa preciso con el que establecer la delimitación comarcal. Aunque no es la primera exposición cartográfica celebrada en Barcelona, sí lo es en cuanto al tema de Cataluña. Una anterior había tenido un significado de afirmación colonial; véase Miquel BARQUERO S.J., *Algunos trabajos de los misioneros jesuitas en la cartografía colonial española*, Publicaciones de la Sociedad de Geografía Comercial, núm. 9, Barcelona, 1914.



FIGURA 1. Primera manifestación pública del aprecio profesado al patrimonio cartográfico de Cataluña. Folleto de la exposición celebrada en el Centre Excursionista de Catalunya en 1919. Contiene la enumeración de los mapas reunidos. La muestra refleja, entre otras sensibilidades, la inquietud por disponer de un mapa con el que delinear y visualizar las comarcas. (Fuente: autor)

el joven Centro Excursionista.⁵ Unos ejemplares que habían sido donados por los propios asociados, junto a otros objetos culturales que hoy día forman parte de su selecto patrimonio, como libros o antigüedades. Barcelona, en los albores del siglo xx, no contaba con archivos cartográficos a los que acudir, públicos o privados. Esa carencia explica, en segundo lugar, que la mayor parte de los ejemplares expuestos procedan de personas que los ceden para este acto. La lista es algo extensa, y destacan contribuyentes que poseen ejemplares estampados de los siglos xvii y xviii, frente a otras personas que aportan las imágenes más recientes. Entre los primeros poseedores podemos intuir la existencia de una ansiedad documental, probablemente coleccionista, asociada a su interés por la historia de Cataluña. Un ejemplo lo tenemos en la figura del académico Ernest Moliné Brases.⁶ Finalmente, lo que resulta más llamativo es que tanto Barcelona como Cataluña no cuenten con algún centro, institución o persona que posea un apreciable fondo cartográfico. Esta carencia documental explica el retraso sufrido tanto en el certero conocimiento y visualización de este patrimonio, como en su consideración de sugerente tema de investigación.

Transcurrirán varias décadas hasta que volvamos a tener constancia de la estima profesada al mapa de Cataluña. Además, las primeras décadas de la dictadura no constituían un clima cultural idóneo para explicitar dicha inquietud cultural. Más bien todo lo contrario: para sus

5. Véase Rosa Anna FELIP, *Fer País, conèixer món. La Cartoteca del Centre Excursionista de Catalunya*, Centre Excursionista de Catalunya, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2008.

6. Este académico mostraba interés por los mapas de Cataluña, disponiendo de la imagen de Cataluña aparecida en el primer atlas de la historia, el *Theatrum Orbis Terrarum* (1570-1612); un ejemplar que presta a esta exposición y que había sido reproducido en el primer volumen de la *Geografía de Catalunya* (1908-1918) dirigida por F. CARRERAS CANDI; véase su artículo «La descripció de Catalunya del P. Diago», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, vol. v (1909), pp. 16-27; este artículo constata su interés por el contenido y autoría del texto que acompaña la imagen, y se está todavía muy lejos de averiguar la paternidad de la misma, pese a ser ya considerada como la más antigua.

poseedores, el mapa seguía siendo un refugio emocional y testimonio de resistencia cultural. No obstante, gracias al eco social suscitado por exposiciones locales patrocinadas por modestos coleccionistas,⁷ y a la presencia de un tímido comercio de antigüedades asentado en la ciudad de Barcelona, emergerá un afán compilador, encaminado a identificar y describir someramente aquellos ejemplares en los que vemos representado su escenario. Nos referimos a los diversos trabajos de catalogación efectuados por Mn. Ignaci M. Colomer en la década de 1960.⁸ Sus publicaciones consisten en unos escuetos repertorios documentales, unos áridos inventarios en los que describe los ejemplares examinados, figurando algunos de ellos fotografiados por primera vez, eso sí, en blanco y negro. Con su difusión comienza a otorgar visibilidad a un patrimonio cultural que era escasamente conocido, prestándole análogo protagonismo que a otro corpus cartográfico que había sido ya ampliamente divulgado, como es el de las cartas náuticas medievales.⁹ Su gratitud hacia las personas que le habían permitido examinar los ejemplares que conservaban en sus domicilios se traduce en

7. Nos referimos a las muestras promovidas por Josep Iglesias en el Centre Excursionista de Reus en 1955, o en Igualada en 1950.

8. Mn. Ignasi Maria COLOMER PRESES, *Els cent primers mapes del Principat de Catalunya*, R. Dalmau, Barcelona, 1966; *Els mapes antics de les Terres Catalanes des del segle XI*, Montblanc, Granollers, 1967; *Cartografia de Catalunya i dels Països Catalans*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 1989.

9. Cabe reseñar la existencia de otras colecciones ilustradas en catálogos; una primera es *Fons d'art. Fundació Caixa de Barcelona. Col·lecció cartogràfica. I Mapes. II Plànols i vistes*, Fundació Caixa de Barcelona, Barcelona, 1986-1987; otra es *Catàleg del Fons Cartogràfic de l'Institut Municipal d'Història (I) Mapes antics de Catalunya, Balears i València*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 1986. Igualmente, destacar los catálogos publicados con motivo de otras dos importantes exposiciones celebradas en Barcelona; la primera ostenta el título *Cartografia de Catalunya. Segles XVII-XVIII*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 1986; y la más reciente, *Els mapes del Territori de Catalunya durant dos-cents anys, 1600-1800*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2001; ambas fueron realizadas gracias a la iniciativa y aportación de fondos procedentes de coleccionistas privados, contribuyendo a afianzar el mapa de Cataluña como objeto o testimonio cultural.

un nutrido elenco de coleccionistas, hecho que constata de nuevo la pronunciada dispersión que acusa este patrimonio y afición. En cuanto al panorama institucional, el número de archivos que cuentan con ejemplares de Cataluña sigue siendo muy escaso, similar al de las décadas precedentes. Será más adelante cuando, llevado de su fervor compilador, este infatigable documentalista consultará los enormes fondos custodiados en bibliotecas ubicadas fuera de nuestras fronteras, entre otros ricos y aclamados establecimientos que contaban con abundantes ejemplares cartográficos de Cataluña.¹⁰

Sus publicaciones reflejan, como es obvio, la devoción que el autor siente por el mapa, especialmente el de Cataluña, como singular estampa heredada del pasado. Este ardor es el que le anima a buscar incansablemente ejemplares de este patrimonio, catalogarlos y darlos a conocer. El carácter modesto de sus publicaciones no debió contribuir a despertar el interés o curiosidad del lector ajeno al tema, ya que no cuentan con vistosas imágenes o consideraciones verbales acerca de su historia, cualidades estéticas, atributos informativos u otras estimaciones más o menos sugerentes o didácticas.¹¹ Su aportación cultural, admirable por el titánico esfuerzo que requiere, consiste en una lectura documental del mapa, con la transcripción verbal de los datos tangibles o empíricos que permiten identificar el testimonio descrito.

Como ya hemos avanzado, estas publicaciones acreditan la existencia de un patrimonio cartográfico al alcance de aquellos que quieran

10. Baste recordar que a comienzos de los años 1980, todavía ignorábamos cuál era el primer mapa de Cataluña, desconociéndose la existencia del mural estampado por Vrients en 1606, depositado en la Bibliothèque Nationale de París; véase Agustín HERNANDO, «The making of a highly persuasive and influential image. The first wall map of Catalonia (Vrients, 1606)». *Mappae antiquae. Liber Amicorum Günter Schilder*, P. van Gestel-Van Het Schip y P. van der Krogt, eds., Hes and De Graaf Publishers, Utrecht, 2007, pp. 385-397.

11. Estas consideraciones están inspiradas en la propia experiencia vivida en aquellos años, ya que tras sus sugerentes títulos confiábamos en encontrar una presentación del tema, en lugar del mero listado de sus fuentes o protagonistas. De ahí la desazón sentida en nuestros primeros pasos por este campo.

conocerlo, examinarlo o meramente disfrutarlo. Están concebidas, esencialmente, para complacer los gustos de un público coleccionista, una comunidad poco visible dentro del mundo académico. Sutilmente, aspiran a concienciar acerca de su importancia cultural y evidenciar el valor histórico que atesora. En manos de documentalistas, les asesorará acerca del alcance patrimonial y méritos que posee un ejemplar o colección, así como de las omisiones que adolece. Quizá contagiará a otras personas una pasión coleccionista, fascinadas por la antigüedad y el encanto iconográfico que exhiben sus ejemplares, guiándolas por esta inquietud cultural, gracias a la lectura de una literatura y la vitalidad de un mercado anticuario de los que procede la mayor parte de los ejemplares o colecciones formadas recientemente.

A medida que se va advirtiendo la magnitud de este patrimonio se establecerá una cronología, algo confusa e incierta en sus inicios, pero que confirmará la temprana e incesante estampación de imágenes cartográficas del escenario de Cataluña.¹² Un pasado jalonado por la presencia de ejemplares murales o exentos, inspiradores de otros publicados con posterioridad. También contribuirá a popularizar el nombre de unos autores o creadores, que son quienes hasta la fecha han recibido mayor atención. Dentro de estos repertorios cartográficos, el siglo XVIII constituye un capítulo o apartado más, sin estar muy bien delimitado. Un periodo cronológico protagonizado por un cortejo de actores acompañados de sus obras, a los que secundarán los responsables de las estampas fechadas el siglo siguiente. La mayor parte de los creadores de los ejemplares mencionados son extranjeros, entre los que encontramos los primeros afincados en Barcelona. Una novedad en la que repararán sensibilidades nacionalistas, contribuyendo a la canonización de ciertos

12. Resulta sorprendente advertir los criterios que emplea a la hora de identificar y sistematizar los mapas de Cataluña, ya que los primeros corresponden a ejemplares de la Península o cartas náuticas, en los que, como es lógico, figura representada Cataluña. Este criterio se depurará más adelante, y la noción de mapa de Cataluña corresponderá a las imágenes que representen exclusivamente el territorio de toda Cataluña, tanto la actual como la del momento, incluyendo el Rosellón.

ejemplares. En efecto, tras la situación de dependencia cultural en relación con el acceso y consumo de estampas cartográficas venidas del extranjero, rasgo que caracteriza todo el siglo anterior, en el XVIII se inicia el cultivo de esta actividad creativa, con el dibujo, grabado, estampación y comercialización en la ciudad de Barcelona. Un novedoso cambio cultural y social que explica el fervor profesado a ciertos autores y la consideración de monumentos cartográficos tributada a sus ejemplares.

Los estímulos que nutren la pasión coleccionista, tanto entre particulares como entre instituciones surgidas en la etapa democrática, serán, en primer lugar, satisfacer unas ansias culturales —si se prefiere, una demanda social o necesidad—, con la consecución de gratificaciones emocionales como gozar de una mayor autoestima y reconocimiento social. Su labor consistirá, en la medida en que el mercado lo propicie, en el paulatino logro y acumulación de ejemplares dotados de interés histórico, valor documental o méritos culturales. En segundo lugar, su posesión constituirá un signo de orgullo y distinción cultural, tanto por el conocimiento y excepcionalidad que supone contar con algunos ejemplares, como por la afición coleccionista, el placer contemplativo o el éxito que conlleva la posesión de un patrimonio más o menos selecto. Una meta al alcance de unos pocos, tanto entre particulares como entre instituciones.¹³

Fruto de la creciente estima cultural y social profesada al mapa de Cataluña, surgirá el espíritu estudioso, ansioso por ahondar en los rasgos culturales que encierran sus imágenes y ponderar así la consistencia y méritos intelectuales de sus creadores.¹⁴ La preparación académica de

13. Los fondos de algunas instituciones se han visto enriquecidos gracias a la adquisición de algunas colecciones privadas, como la de Josep Iglesias, por parte de la Cartoteca del Institut Cartogràfic de Catalunya; o la de Mn. Ignasi M. Colomer, depositada en la Biblioteca de Catalunya. La donación no es una práctica habitual en nuestra sociedad, manteniéndose este patrimonio en manos privadas.

14. Algunos de los primeros serán los de A. BARELLA I MIRÓ, *La Cartografia antiga de Catalunya y sus artífices*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1977; y D'Ortelius a Güssefeld. *Una anàlisi dels mapes de Catalunya, de petit*

sus firmantes explica que la atención se preste a determinados aspectos del ejemplar, dando como resultado un discurso técnico, cartográfico, en el que, tácitamente, se desvelan sus preocupaciones intelectuales, interrogantes, vocabulario, juicios e inclinaciones. Vamos a señalar cuáles eran los ejemplares cartográficos disponibles por la sociedad catalana de ese siglo y algunos de sus rasgos más destacados.

4. *El mapa como retablo de datos geográficos: imaginar cómo es Cataluña y visualizar sus atributos territoriales*

4.1 La venerable estampa grabada y difundida por Vrients (Amberes 1606) [fig. 2]

Resulta muy difícil —y arduo, por no calificarlo de inalcanzable— llegar a establecer, dentro de este patrimonio heredado, el número total de imágenes cartográficas de Cataluña estampadas en el transcurso del siglo XVIII. Tampoco nos parece una meta relevante, especialmente si tenemos en cuenta que, desde una perspectiva cultural y social, gran parte de los ejemplares que circulaban y eran consultados durante esos años consistían en invenciones concebidas y estampadas la centuria anterior. Sirva como ejemplo el primer mapa grabado de Cataluña, el comercializado por J. B. Vrients en Amberes, desde 1606. Un espléndido retablo geográfico que aparece en los albores del siglo XVII y del que, desgraciadamente,

format del segle XVII i XVIII, Memòries de la R.A. de Ciències i Arts de Barcelona, 1977, XLIV n.º 2; antes, J. IGLESIAS, «Síntesi de la cartografia a Catalunya entre els segles XVI i XVIII», *Serra d'Or*, vol. XIII, n.º 139 (1971), pp. 43-51; y ya en la etapa democrática, tras la creación del Institut Cartogràfic de Catalunya, promotor y patrocinador de exposiciones, publicaciones y cursos, *La Cartografia Catalana, Cicle de conferències sobre Història de la Cartografia, 10^è curs*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2000; 10 *Mapes de Catalunya (1606-1906)*, Rafael Dalmau; Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2011, una obra que resume todo el esfuerzo intelectual desplegado hasta la fecha en este campo, como son sus actores, ideales, saberes aportados y metodologías aplicadas.



FIGURA 2. Imponente imagen mural de Cataluña ofrecida por Covens & Mortier en el transcurso de la mayor parte del siglo XVIII. Aunque retocada en su ornamentación, se trata de la primera estampa en la que se visualiza el escenario de Cataluña. Fue grabada en Amberes (1606), siendo sus planchas usadas por diversos editores de los Países Bajos. (Fuente: Universitat Bern Bibliotheken, ZB Ryh 1613: 29-30)

todavía ignoramos las circunstancias que propiciaron su invención. De lo que no hay duda es que se erige en el modelo y fuente informativa que inspirara la multitud de retratos cartográficos de Cataluña presentes en los primeros atlas editados en Ámsterdam, principal foco abastecedor de tales recursos durante todo el siglo XVII. Los afanes comerciales encarnados por los creadores asentados en esta ciudad, explican que las planchas de esta imponente imagen se hallen todavía listas para alumbrar nuevos ejemplares, ahora en manos de un tercer poseedor, que es quien facilita

al público interesado la estampa o retrato de Cataluña de mayor interés adquirible en esa activa y próspera ciudad holandesa.¹⁵

Pese al caudal informativo y encanto estético que reúne, no parece que su demanda fuera muy fluida, ya que son muy escasas las muestras que se conservan actualmente, todas ellas depositadas en colecciones extranjeras.¹⁶ Asimismo, por fuentes literarias a las que hemos acudido para averiguar el grado de conocimiento y familiarización disfrutado por este ejemplar entre nosotros, como son las crónicas o historias de Cataluña editadas en este siglo, tampoco parece que aquí fuera una imagen muy popular o admirada. Y eso sí que nos sorprende, considerando su novedad instrumental, el arsenal de datos geográficos que ofrece y su seductor diseño. En cambio, se conocían mucho más sus réplicas, las imágenes cartográficas de Cataluña estampadas en un solo pliego (c. 50 × 60 cm), insertadas en afamados atlas, de los que dan fe los abundantes volúmenes conservados hoy día en nuestras bibliotecas.¹⁷

15. M. van EGMON, *Covens and Mortier. A map publishing house in Amsterdam, 1685-1866*, Hes and De Graaf Publishers, Utrecht, 2009. Según información que nos ha facilitado este autor, el mapa aparece por primera vez en el catálogo editado c. 1721, y con posterioridad en los de 1738, 1760 y 1790; probablemente, la firma Covens & Mortier adquirió las seis planchas en 1720, al cerrar el establecimiento regido por Visscher. Como vemos, el mapa estuvo a la venta en el transcurso de todo el siglo XVIII, ignorándose qué pudo suceder con las planchas después, aunque cabe suponer que su estado no era ya el más idóneo; véase igualmente P. C. J. VAN DER KROGT, *Stock catalogues of maps and atlases by Covens and Mortier' widow (1721) and the 'Catalogue nouveau des cartes géographiques' of Covens and Mortier (1763). A facsimile edition with an introduction by Dr. Peter van der Kroght*, HES Publishers, Utrecht, 1992.

16. Pese a la importancia política, cultural e instrumental que ostenta este ejemplar, no han sido muchos los estudios que ha suscitado. Esta carencia explica el que todavía se ignore gran parte de las circunstancias de su dibujo, autoría y difusión. Actualmente se conoce un ejemplar de la primera edición (B.N. Francesa), dos de la segunda (B.N. Francesa) y dos de la tercera, la que exhibe el nombre de sus editores, Covens & Mortier (uno en la B.L. de Londres y otro en la Biblioteca de la Universidad de Berna, que aquí damos a conocer, siendo este el único iluminado).

17. Sirvan como prueba los diversos ejemplares de estas obras, procedentes de la aplicación de la Ley de desamortización, depositados en la biblioteca de la Universi-

Junto a este retablo iconográfico —insistimos en su relevancia histórica: la primera representación cartográfica de Cataluña—, se propagará otro modelo cuyos datos territoriales han sido rectificadas, dando como resultado, entre otras cosas, una Cataluña caracterizada por un contorno costero diferente. Fue delineada por un creador francés (Sanson, 1660), difundiendo en el transcurso del último tercio del siglo XVII, equipada con la presencia de circunscripciones administrativas. Eso sí, tenida como la más precisa y actualizada, será la imagen que adopten numerosos editores cartográficos ubicados en otros países europeos, incluida Holanda, sin prescindir totalmente de la copiosa información que contenía la anterior. Aparecerá cada vez más maquillada y engalanada con halagadoras cartelas y otros aderezos estéticos, una retórica que trata de complacer los refinados gustos de personalidades deseosas de asomarse y recorrer con la vista su escenario.¹⁸

Entre las numerosas estampas que conocemos, confeccionadas en el transcurso del siglo XVIII, se hallan cuatro ejemplares ofrecidos por autores españoles. Fueron concebidos para consultarse o exhibirse de manera exenta, dotándolos sus autores de abundante información administrativa y práctica, gracias a su tamaño mural y, en un caso, a lo frondoso de su diseño y rotulación. El éxito cosechado será dispar, ya que alguno experimentará sucesivas estampaciones y plagios descarados hasta bien entrado el siglo XIX.¹⁹ Pese a ser la primera oferta autóctona, y debido a ello, más económica y accesible al público de Cataluña, no son ejemplares que abunden en colecciones públicas o privadas,

dad de Barcelona. Recordemos que tanto el atlas de Ortelius, como los de Blaeu y Jansson, se tradujeron al castellano, contribuyendo a difundir la imagen de Cataluña inspirada en la mural.

18. El ejemplo más elocuente lo tenemos en el mapa que viene ilustrando la portada de esta revista, *Pedralbes*. Un ejemplar que fue dibujado en Ámsterdam por F. de Wit, con datos territoriales procedentes de fuentes francesas, y que se estampará incesantemente desde el último tercio del siglo XVII hasta bien entrado el siguiente.

19. Curiosamente, ninguno de estos ejemplares será copiado por creadores extranjeros, si exceptuamos el de Tomás López, reducido a un solo pliego.

lo que denota su limitada demanda y el escaso interés prestado a los mapas por la sociedad. La conveniencia de dar a conocer su existencia y brindar así la posibilidad de acceder a su información —o propiciar su disfrute estético y confort emocional—, explica la publicación de facsímiles acompañados de breves estudios. Unas miradas que evocan la diversa cultura y sensibilidad proyectadas sobre los mismos, testimonios esclarecedores de los heterogéneos mensajes que reúne, más o menos enmascarados, el mapa.

4.2 La imagen de Cataluña dibujada por Josep Aparici (1720) [fig. 3]

El primer ejemplar delineado por un autor catalán, grabado y comercializado en Barcelona, corresponde al publicado por Josep Aparici i Fins (1653-1731).²⁰ Su título es *Nueva descripción geographica del Principado de Cataluña* (Barcelona, 1.^a ed. 1720; 2.^a ed. 1769).²¹ Su creador,

20. Sobre la semblanza de este autor y algunas consideraciones acerca de sus inclinaciones políticas —dulcificadas respecto a las manifestadas en el pasado—, véase *El Mapa com a Llenguatge Geogràfic. Recull de textos històrics (ss. XVII-XX)*, Societat Catalana de Geografia, Barcelona, 2008, pp. xxx-lv, edición al cuidado de Jesús Burgueño. Recordemos que por su contribución cartográfica, Aparici fue distinguido por Felipe V con el título de Geógrafo de su Majestad Católica en Cataluña.

21. Montserrat GALERA, *El mapa de Catalunya de Josep Aparici: estudi*. Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 1988 (monografía que acompaña la edición facsímil del mapa); este ensayo aparece reproducido dentro del libro *10 Mapes de Catalunya (1606-1906)*, Rafael Dalmau; Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2011; también incluye las monografías correspondientes a los dibujados por Garma y Tomás López, así como la dedicada al estampado por Vrients. El mapa de Aparici, con muestras de sus dos ediciones, figuró en la *Exposició Cartogràfica Catalana* de 1919; también estuvieron presentes los de Garma y las tres ediciones del de Tomás López; en cambio, no figuró el de Darnius, suponemos que debido a que no se conocía la existencia de ningún ejemplar. El publicado por Aparici en 1720 fue donado al Centre Excursionista de Catalunya por Sanmartí en 1885; se trata de una prueba de estampación previa a la definitiva; el de 1769, fue prestado por el Dr. Faura i Sans, uno de



FIGURA 3. Monumental mapa concebido y delineado por Josep Aparici en 1720. Gracias a la popularidad gozada, registra una segunda edición en 1769. Como primera imagen comercializada en Barcelona, fue mucho más accesible al público interesado. Gracias a su existencia y uso, la sociedad catalana fue acrecentando su cultura geográfica e interiorizando su identidad. (Fuente: B.N.F. Dep. de Cartes et Plans. <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b5966953d>)

los impulsores de la exhibición, ya que era el presidente de la Secció de Geologia i Geografia, creada en 1908. En el momento en que estamos escribiendo este ensayo, el Intitut Cartogràfic de Catalunya anuncia la adquisición de otro ejemplar que había pertenecido a un historiador y erudito.

además de inquieto comerciante y formar parte de una nobleza ilustrada de Barcelona, desempeñó diversos cargos de confianza como funcionario real, bajo las sucesivas monarquías reinantes. Sin duda, la experiencia territorial que esgrime como credencial en la cartela procede de actividades desplegadas en la recaudación de las finanzas reales y el diseño del catastro. No obstante, su primer trabajo al asentarse en Barcelona estuvo relacionado con el correo, experiencia territorial que con seguridad marcó su vida. El celo profesional puesto en sus tareas le permitió familiarizarse con las cualidades territoriales de Cataluña, sufrir la abrupta topografía de su escenario, experimentar el estado en que se hallaban sus caminos, pernoctar en innumerables poblaciones y conversar con sus gentes.²² En la suntuosa cartela que exhibe su ejemplar, engalanada con las armas del nuevo monarca y alabanzas dirigidas a su poder militar, omite mencionar las fuentes cartográficas que ha consultado. Para dotar de confianza a la información que ofrece apela a «la experiencia y noticias que he podido adquirir, habiendo visto y preguntado...». Uno de sus atributos es la magnitud, 118 × 134 cm, la mayor de los ejemplares heredados de este siglo, incluido el ya citado de Vrients (1606) (82 × 110 cm). Grabado en cuatro planchas por el artista Antoni Sabater,²³ el resultado es un diseño de estilo algo popular, pero atractivo, claro y muy legible. Su composición está equipada con todos los requisitos exigibles a una aportación cartográfica de esta naturaleza, como son entidades de población jerarquizadas, datos orográficos, caminos, puentes, escala, demarcaciones administrativas, etc.

22. Se conservan varios textos redactados por este autor; quizá el más significativo sea una descripción geográfica depositada en la Biblioteca de Catalunya; véase Salvador LLOBET, «Una descripción geográfica del Principado de Cataluña por José Aparici en el siglo XVIII», *Hispania*, 6 (1946), pp. 631-669. Véase igualmente M. Carme MONTANER, «Els mapes setcentistes de Catalunya del Comte de Darnius», *Mètode*, Universitat de València, 53 (2007), pp. 105-113.

23. Desgraciadamente, no hemos podido conseguir información acerca de la actividad profesional desplegada por este artista.

4.3 La profusa imagen ofrecida por el conde de Darnius (1726) [fig. 4]

Siguiendo cronológicamente, el siguiente ejemplar disponible por la sociedad catalana es el dibujado por Oleguer de Taverner i d'Ardena, conde de Darnius (1676-1727). Ostenta como título *Nuevo mapa del Principado de Cataluña y sus confines* (Barcelona, 1726).²⁴ El autor ha-



FIGURA 4. En 1726 aparece otra interpretación cartográfica de Cataluña, delineada por el conde de Darnius. Su experiencia y sensibilidad militar explican la detallada información que contiene acerca de la red viaria y los planos de sus plazas fuertes.

24. Este mapa fue publicado en facsímil por la editorial Alberto Martín en la década de 1960. Al parecer, tanto el mapa original como otros que quedaron manuscritos, responden a un encargo real; véase Montserrat GALERA, «Una gran obra cartogràfica sobre la xarxa de camins del Principat de Catalunya al segle XVIII», *Miscel·lània Ernest Lluch i Martín*, Fundació Ernest Lluch, Barcelona, 2006, vol. I, pp. 401-410; la autora afirma que de su ejemplar estampado solo se conocen tres muestras; gran parte del material manuscrito que dejó Darnius está depositado actualmente en la Cartoteca del Institut Cartogràfic de Catalunya.

bía sido un profesional de la milicia, al servicio de la causa borbónica, habiendo transitado igualmente por todo el escenario de Cataluña. Omite asimismo las fuentes cartográficas en las que se inspira, estampadas o manuscritas, unas imágenes con las que estaba familiarizado. La preocupación que late en su hacinada composición es su ansiedad por plasmar el estado en que se hallaba la densa red viaria por la que se desplazaba su ejército, una información que intenta consignar meticulosamente en su denso dibujo. Otro de sus méritos reside en la presencia de 23 plazas fuertes, que inserta en la periferia del diseño, cuya traza procede de fuentes militares. Debido a su frondosidad informativa, la retórica del ejemplar resulta muy copiosa en datos toponímicos, entorpeciendo así su lectura y dificultando su asimilación y empleo. Posee unas curiosas y sugerentes cartelas que coloca en los escasos rincones que restan libres. No gozó de una segunda edición, lo que evidencia la inclinación del público por el mapa de su predecesor, el cual, además, ejerció de modelo de otros, tal como delatan claramente algunos ejemplares aparecidos en el transcurso del siglo XIX en Barcelona.

4.4 La publicación de una tercera stampa de Cataluña: el mapa delineado por Garma (1762) [fig. 5]

Resulta sorprendente que, ante tal repentina oferta y el no excesivo apetito cartográfico mostrado en el pasado por la sociedad catalana, pocas décadas después viera la luz una tercera stampa de Cataluña. Su creador, Francisco Xavier de Garma i Durán (1708-1783), es un activo y emprendedor funcionario de origen extremeño residente en Barcelona, quien desempeña diversos cargos políticos y administrativos en la ciudad, como el de director del Archivo de la Corona de Aragón. Su afición a la cartografía le llevó a dibujar otros ejemplares, como el primero que conocemos de la diócesis episcopal de Barcelona (1762) y otro más interesante referido a las islas Baleares (1765). El título es *Mapa del Principado de Cataluña y Condado del Rosellón* (Barcelona, c. 1764; 2.^a ed. c. 1838). Aunque no consta la fecha, sí enumera las fuentes



FIGURA 5. El erudito F. X. de Garma, director del Archivo de la Corona de Aragón, diseña esta otra imagen cartográfica de Cataluña, que ve la luz en torno a 1764. Su retórica es clara, legible y muy evocadora. Como todas las imágenes, los mensajes que encierra son diversos, dependiendo de las miradas proyectadas, y van desde el mero documento histórico o archivo de datos geográficos, al testimonio social, cultural o político.

(Fuente: ICC. RM.215724 <http://cartotecadigital.icc.cat/cdm/singleitem/collection/catalunya/id/1478/rec/1>)

manejadas, una credencial que se consideraba imprescindible para dotar de credibilidad a la información plasmada. Cita los dos ejemplares precedentes, así como otras fuentes que califica como «exactas relaciones», denominación genérica aplicada a informaciones facilitadas por las autoridades, como las categorías administrativas de las entidades de población. Fue grabada la plancha por Ignaci Valls, artista vinculado a la Academia de Bones Lletres y autor de su emblema. Su composición es elegante y armoniosa, y su caligrafía, clara y legible, pese a la abundancia de detalles informativos que contiene. Contrariamente a las imágenes alumbradas por sus predecesores, ostenta una cartela adornada con motivos heráldicos, otra de sus inquietudes culturales, exenta ya de adhesiones o reverencias monárquicas, y delineada siguiendo un estilo menos barroco.²⁵ La ausencia de rivales actualizados y un tamaño más manejable (90 × 88 cm) harán que goce de una segunda edición, algo más de medio siglo después (c. 1838).

4.5 La oferta de una cuarta imagen: Tomás López y su mapa de Cataluña (1776) [fig. 6]

Conociendo el pasado de la cartografía española y el exiguo balance de ejemplares cartográficos disponibles de sus regiones, resulta admirable y muy gratificante tropezarse con esta nutrida oferta. Una idea del alcance de este escaso patrimonio la podemos obtener leyendo las cartelas de los mapas publicados por Tomás López, así como gracias al catálogo más antiguo que poseemos de un establecimiento dedicado a la venta de imágenes cartográficas, como es el estudio que regenta su hijo Juan López en Madrid.²⁶

25. El estudio de este ejemplar, especialmente su toponimia, ha sido realizado por Vicenç Maria ROSSELLÓ I VERGER, *10 Mapes de Catalunya (1606-1906)*, Rafael Dalmau / Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2011, pp. 75-87.

26. Disponemos de algunas fuentes que permiten vislumbrar cuál era el grado de conocimiento de estos ejemplares fuera de Cataluña, así como el interés prestado

En efecto, la inexistencia de una cartografía detallada de los diversos escenarios peninsulares era una de las carencias más preocupantes de las autoridades borbónicas, conocedoras de los esfuerzos políticos y sociales efectuados en Francia y conscientes de las ventajas instrumentales, tanto prácticas como simbólicas, que aporta la disponibilidad de una imagen pormenorizada del territorio. Esta preocupación explica la sucesión de medidas aprobadas por el nuevo monarca, resultando todas ellas infructuosas. Unas carencias documentales que seguían obstaculizando el diseño y puesta en práctica de políticas de planificación y mejora concebidas por los sucesivos ministros ilustrados, como caminos o canales que contribuyeran a impulsar la agricultura, la industria y el comercio, dificultando así la prosperidad del país y el bienestar de sus pobladores. La única medida que resultó eficaz fue el envío de pensionistas a la capital francesa, en 1752, para que se instruyeran allí en el oficio geográfico. A su vuelta, así se creía, abrirían gabinetes de dibujo

a la cartografía ofrecida por nuestro país. La más antigua que hemos consultado es Didier ROBERT DE VAUGONDY, *Essai sur l'histoire de la Géographie, ou sur son origine, ces progrès et son état actuel*, Boudet, París, 1755; el texto de esta historia de la geografía también encabeza su *Atlas Universel*, 1757, incluyendo además la esclarecedora lista de sus 650 suscriptores, en la que encontramos 13 españoles (casi todos son libreros asentados en Madrid; ninguno en Barcelona), 22 de Portugal o 25 de Italia. También da noticias de nuestros mapas el alemán Anton Friedrich BÜSCHING, *Wöchentliche Nachrichten von neuen Landcharten*, Berlín, 1773-1787; en las páginas 309-312, del número de 17 de septiembre de 1776, se alude a los ejemplares disponibles de Cataluña, mencionando los de Aparici de 1720, Darnius y Marcos Lemelin de 1726 (considera a este último como coautor del mapa de Darnius) y López. Y más recientemente, Alexandre DONNET, «Coup-d'oeil sur la chorographie de l'Espagne et de Portugal», *Spectateur Militaire*, París, 1833-1834, vol. 16, pp. 269-283, califica el ejemplar de Aparici como «estimado». Por otro lado, en el catálogo de los mapas que Juan López tiene a la venta en su domicilio de Madrid (1808) figuran principalmente ejemplares extranjeros, franceses en su mayoría; y entre los españoles, además del heredado de su padre, el de Garma; consta otro identificado como Josef Pellicer y Tovar, fechado en 1709, aunque en realidad suponemos corresponde a 1643; véase Agustín HERNANDO, *El Geógrafo Juan López (1765-1825) y el comercio de mapas en España*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 12 Calles, colección 1808-1812, Madrid, 2008.



FIGURA 6. Tras los tres ejemplares aparecidos en Cataluña, el geógrafo Tomás López aporta esta otra imagen a la frondosa oferta disponible. Desde su domicilio de Madrid, la comercializa de manera exenta o insertada en la antología de estampas cartográficas de España que tiene a la venta. Su mayor eco y demanda explican que sea el único ejemplar copiado en el extranjero (1798), y ampliamente difundido en el transcurso del siguiente. (Fuente: autor)

y grabado, brindando a las autoridades las imágenes cartográficas que precisaban. Esta política de pensionados explica la estancia en París y la preparación recibida por nuestro siguiente protagonista, Tomás López (1730-1802), quien a su regreso a la capital de España en 1760 se dedicó a la publicación de ejemplares cartográficos. Consciente de las caren-

cias que adolecía el país, emprende la confección de un atlas de España compuesto por los mapas detallados de todas sus regiones. Persiguiendo esta aspiración, tras la publicación de diversos ejemplares, dibuja el correspondiente a Cataluña, estampado en cuatro pliegos (77 × 82 cm). Su escueto título es *Mapa del Principado de Cataluña* (Madrid, 1776; 2.^a ed. 1816; 3.^a ed. 1835).²⁷

Como acabamos de indicar, la invención de este ejemplar responde a la conveniencia de disponer de una información útil, pormenorizada y actualizada de esta región peninsular, alentada por el compromiso moral que el autor había contraído con las autoridades políticas del país. Por ello, tras alumbrar ejemplares dedicados a otros escenarios históricos o administrativos, afronta el diseño de Cataluña. Aplicando la metodología que había aprendido en París, el proceso constructivo comienza con la consulta y examen de las principales fuentes cartográficas disponibles. Unas fuentes que cita, siguiendo los criterios de rigor impuestos por la Ilustración francesa.²⁸ Son, como no podía ser de otra manera, los tres ejemplares descritos en los párrafos anteriores, a los que agrega uno mural de los Pirineos, dibujado por ingenieros militares franceses, el cual comprende gran parte del territorio de Cataluña. Tras un meticuloso escrutinio de estas fuentes, comienza a trazar su imagen, trasvasando a ella la información territorial que figura en los ejemplares mencionados, tanto gráfica como verbal. Una vez concluido el bosquejo manuscrito, emprende el grabado del mismo, abriendo cuatro planchas. Insertadas en un tórculo, producirán unas estampas que, unidas y adhe-

27. La edición facsímil de este ejemplar va acompañada del estudio redactado por nosotros; véase *La imatge de Catalunya dibuixada pel geògraf Tomás López (1776): estudi introductori del «Mapa del Principado de Cataluña»*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2006; está reproducido dentro del libro *10 Mapes de Catalunya (1606-1906)*. Rafael Dalmau / Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2011, pp. 89-101.

28. En efecto, en la cartela menciona los mapas en los que se ha inspirado; son los de Roussel, Darnius, Aparici y Garma, por este orden; en cambio, en la noticia que redacta para dar a conocer su aparición, publicada en la *Gazeta de Madrid* del 10 de diciembre de 1776, el orden es Darnius, Aparici, Garma y Roussel; cabe suponer que la secuencia entraña una jerarquización personal del valor de los ejemplares.

ridas a una tela o forro, compondrán un verdadero mapa mural. También, sueltas, servirán para enriquecer el proyecto de antología acariaciado, acompañando a las demás estampas consagradas a regiones peninsulares. Desde la perspectiva geográfica, el mapa contiene todos los datos territoriales que constan en las imágenes precedentes, a los que agrega noticias funcionales de sus ciudades, especialmente culturales, políticas y religiosas. Contrariamente a los creadores anteriores, el autor no ha recorrido Cataluña. Ahora bien, si las precedentes estampas se comercializan en Barcelona, satisfaciendo así las necesidades cartográficas de la sociedad catalana, esta se halla a la venta en Madrid, disfrutando allí de mayor eco y clientela potencial, encabezada por la aristocracia y las autoridades monárquicas, tradicionales consumidores de imágenes cartográficas. La invención gozó de estima, ya que es la única que alcanza tres ediciones, la última más de medio siglo después.

Acabamos de mencionar un elegante mapa mural de los montes Pirineos. Una suntuosa y minuciosa imagen, grabada en 8 planchas (118 × 193 cm), que fue publicada en París en 1730. Está firmada por el ingeniero Roussel,²⁹ y muestra gran parte de los escenarios meridionales de esta cadena, las cuencas de la profusa red fluvial que avena en sus laderas. [fig. 7] Su dibujo fue confiado por el ministro de la Guerra francés a dos ingenieros militares, Roussel y La Blotière, conocedores del escenario, ya que este último, por ejemplo, había participado en el asedio y toma de Barcelona. Emplearon una metodología compiladora, beneficiándose de las fuentes disponibles, tanto españolas como francesas. Lo más curioso de su diseño es la representación de la orografía, todavía de manera especulativa, adoptando el estilo cenital que emplean los ingenieros militares, una sensibilidad funcional y manifestación iconográfica

29. Véase André FROELICH, «The manuscript maps of the Pyrenees by Roussel and La Blotière», *Imago Mundi*, xv (1967), pp. 94-110; según este autor, fue el equipo dirigido por La Blotière el que dibujó el escenario referido a Cataluña, con un estilo más ornamental aunque menos esmerado que la porción occidental, delineada por su colega Roussel; este, en cambio, es el autor de un mapa manuscrito de Cataluña, dibujado en 1711. La composición de este mapa fue realizada entre los años 1716 y 1719.

ca que veremos posteriormente plasmada en la cartografía comercial. Ninguno de los ejemplares publicados con anterioridad aplica esta visión del relieve —exceptuado el de Garma, que insinúa este mismo estilo—, decantándose sus autores por la tradicional evocación en perspectiva caballera o en perfil abatido.



FIGURA 7. Junto a la oferta aparecida en Barcelona, se halla una copiosa producción extranjera, destinada a satisfacer la demanda internacional de información geográfica. Conociendo los gustos de su selecta clientela, Roussel, en sus ejemplares —como en este mapa—, realiza una presentación más lujosa y utiliza una retórica halagadora. (Fuente: autor)

Recordemos que, junto a esta cartografía autóctona, la más accesible, actualizada y económica para la sociedad catalana, se halla a la venta la atractiva y variada oferta disponible en diversos países extranjeros, especialmente en Francia. Unas imágenes que se han conservado gracias a estar insertadas en atlas o antologías cartográficas. También, de manera exenta, por haber sido adquiridas en su momento y guardadas celosamente en archivos o bibliotecas pertenecientes a la nobleza. Sus méritos informativos son muy dispares, ya que van desde escuetos

dibujos del país, al consistir en mera ilustración de una obra de texto o atlas elemental, a seductores ejemplares estampados en varios pliegos, albergando una copiosa información, incluida la de sus plazas fuertes. Debemos reparar igualmente, en la propagación de una nueva metodología constructiva del mapa. Aspira a dotar de mayor precisión a los datos en los que se sustenta la arquitectura del mapa, fruto de una nueva cultura y sensibilidad ética, la de la exactitud. Aunque tardará todavía más de dos siglos en aplicarse a toda Cataluña, un temprano avance lo tenemos en el ocaso de esta centuria, con el dibujo de su perfil costero, resultado de los trabajos efectuados por el equipo que dirige Vicente Tofiño en la década de 1780.³⁰

*5. El mapa como declaración política, testimonio social
y muestra cultural: la apreciación de otros mensajes
que exhibe la imagen cartográfica*

En el transcurso de las últimas décadas son numerosos los especialistas formados en diversos campos del saber que se han sentido atraídos por la naturaleza y mensajes que atesora la imagen cartográfica. Sus miradas han permitido ensanchar el convencional y restringido significado geográfico otorgado a su estampa, invitándonos a advertir otros mensajes que acoge y pasan desapercibidos o no son suficientemente señalados. Así pues, junto a las convencionales lecturas e interpretaciones —geográfica, artística o documental—, debemos agregar, gracias a esta otra hermenéutica, la ideológica, social o cultural que ostentan y legiti-

30. Existe una edición facsímil de este atlas, que contiene el perfil costero dibujado por Tofiño de Cataluña; véase la introducción redactada por José María CANO TRIGO, «Los trabajos para el Atlas Marítimo de España», *Atlas Marítimo de España. Año 1789*, Instituto Hidrográfico de la Marina, Cádiz, 1989. Las medidas que permitieron trazar la costa central catalana Tofiño y su equipo de ayudantes las obtienen en julio de 1785.

man su existencia. Vamos a esbozar los intereses y miradas que gobiernan cada una de estas lecturas y sensibilidades.³¹

5.1 El discurso político del mapa de Cataluña: proclamación de un espacio soberano e identidad

Llegados aquí, una de las cuestiones que debemos plantearnos es cuáles son las razones que justifican el dibujo, estampación y propagación de los mapas expuestos. Junto a la función heurística, la que explica la popularidad histórica disfrutada por este recurso —visualizar un escenario, imaginar sus cualidades territoriales y contribuir con él a resolver las dudas espaciales surgidas—, debemos considerar otros argumentos que cobran sentido y trascendencia en este contexto. Uno muy importante es la conveniencia de disponer de un instrumento que dote de autoridad y permita a todos los representantes políticos, administrativos o militares desempeñar eficazmente las labores encomendadas. Esta necesidad, de eficaz cumplimiento y aplicación de unas medidas de gobierno, es la que ayuda a comprender la autorización otorgada a su difusión y el reconocimiento concedido a sus creadores. Recordemos que entre sus beneficiarios se halla la minoría gobernante, una élite dentro de la sociedad, consciente de sus poderes. Junto a las razones informativas e instrumentales apuntadas, otra muy relevante es la propagandística. En efecto, como era ampliamente sabido, la difusión de la imagen contribuía igualmente a dotar de prestigio y reconocimiento al país, colmando de gloria a sus cultos gobernantes. Asimismo, gracias a esta aportación intelectual, se define, declara y difunde la existencia de una porción de espacio soberano perteneciente a la Corona, como revela la cartela, mostrando su identidad territorial y la posición que ocupa entre la comunidad de pueblos que forman la monarquía hispana. En

31. Véase Montserrat GALERA I MONEGAL, «Guerra i cartografia a Catalunya. Segles XVII-XX», *La Cartografia Catalana. 10^è curs. Cicle de conferències sobre Història de la Cartografia*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 2000, pp. 119-195.

definitiva, unos sutiles mensajes informativos y afectivos que encierran los mapas, y que son interpretados según los intereses, sensibilidades o aspiraciones de quienes los contemplan y emplean.

En efecto, para sensibilidades nacionalistas, patrióticas o soberanas, el mapa de Cataluña constituye una clara declaración política de su existencia y el más elocuente testimonio documental de su identidad territorial. La representación detallada de su escenario contribuye a hacer creíble esta entidad histórica, reseñando su espacio y documentando las cualidades físicas que reúne. Al desplazar la mirada por su imagen descubrimos cómo define, de manera ordenada e inteligible, los rasgos empíricos que nos inducen a imaginar cómo es su escenario. Para alcanzar una total credibilidad, esta retórica narrativa apela a las normas y convencionalismos iconográficos que vemos plasmados en cualquier otro ejemplar, indicándonos con ellos el trazado de su contorno, la identidad de las soberanías limítrofes, las peculiaridades naturales de su suelo, los valores astronómicos y geométricos obtenidos, los nombres de las entidades de población y su capital.³²

Esta inherente dimensión política de la representación cartográfica explica la canonización tributada a su imagen, desde el Renacimiento, y el puesto de honor que ocupan sus ejemplares en dependencias oficiales o actos públicos, convirtiéndose en un elemento más de celebración y del significado simbólico atribuido al mismo, lo que explica que forme parte de los emblemas o señas de identidad de su sociedad.

Como es obvio, los ejemplares descritos en los párrafos precedentes muestran una entidad abstracta como es Cataluña, en términos visibles, tangibles, dotándola de un escenario geográfico, el que ocupa su sociedad y ha sido protagonista de los acontecimientos que han jalonado su historia. De esta manera, esta singular y poderosa metáfora interpretativa define y sustancia su existencia física, contribuyendo a su naturalización cultural y social. Una convicción que es asumida por todas

32. También reúne otros mensajes ajenos a esta sensibilidad, como la ostentosa cartela con la dedicatoria al monarca, un signo de pertenencia y voluntad centralizadora, como luego veremos, o la lengua castellana empleada.

las personas, desde tempranas edades, gracias a su reiterada visualización y experimentación, junto a otros emblemas o símbolos que también ostentan dicha representación.

Esta naturalización o asunción intelectual atribuida a la imagen logra su legitimidad operativa gracias al prestigio que le aporta la cultura cartográfica. La adopción de sus normas y de una retórica expresiva en su composición, con sus atributos de veracidad iconográfica desplegados por toda ella, y una presencia junto a ejemplares que gozan de total fiabilidad, como son las imágenes de estados o lugares existenciales que vemos insertadas en los atlas, son los que impregnan la estampa de poder convincente y fuerza evocadora.

Una vez estampadas y sometidas a las miradas escrutadoras de la sociedad que las promueve y usa —las élites esencialmente—, estas credenciales del escenario de Cataluña constituyen un eficaz vehículo difusor de sus mensajes. La intimidante y llamativa presencia de las mismas en salas de gobierno o lugares frecuentados por las autoridades, el hecho de ser invocadas como criterio de autoridad para dirimir dudas jurídicas, administrativas o estratégicas, así como su reiterada consulta, contribuirán a que este escenario soberano sea paulatinamente asumido como tal y memorizado por la sociedad. Un proceso cultural en el que todas las personas están implicadas, en mayor o menor medida y con diferente grado de concienciación del mismo. El resultado de dicho proceso cognitivo es la obtención y configuración de una imagen mental, una cultura geográfica, una sensibilidad espacial, forjada en la memoria y equipada con la mayor proporción de datos posibles de Cataluña, que asesore y guíe en la toma de decisiones o estimaciones correspondientes.

6. Promotores, usuarios y efectos sociales promovidos

La sociología de la ciencia nos invita a prestar atención a las personas que intervienen en el proceso de construcción del conocimiento, en este caso el que aparece consignado en los mapas de Cataluña descritos. También, a indagar sobre la audiencia a la que están destinados, el uso

que hace de ellos y los efectos desencadenados con su visualización e inteligencia. En los ejemplares que hemos examinado constan los nombres de sus autores y los grabadores que les han asistido, a excepción del ejemplar de Tomás López. En mucho menor medida encontramos mencionados los nombres de otros participantes, como son los que alentaron su dibujo o aportan el diseño de las cartelas, ya que su concepción y dibujo exigen otra preparación y gustos estéticos.

Como hemos visto, en las cartelas de los dos primeros consta la dedicatoria tributada al monarca, un signo de reconocimiento a su patrocinio y de sumisión hacia su persona, de reverencia social, podríamos calificarlo. Hasta la fecha, de todos los actores que colaboran en su invención, es al autor al que se le ha prestado toda la atención indagadora. En cambio, de sus patrocinadores o grabadores, que son quienes hicieron posible el alumbramiento, apenas contamos con datos. Un hecho que sorprende, en el caso de estos últimos, dada la carencia de buenos profesionales en España, es la destreza que exige esta actividad y el novedoso trabajo que tuvieron que afrontar y que felizmente culminaron.

Los mapas examinados acreditan que sus autores, pese a no ser unos profesionales consagrados, cuentan con sólidos conocimientos cartográficos, ya que dotan sus ejemplares de todos los requisitos exigibles a estas creaciones intelectuales. Por sus semblanzas, intuimos que es el anhelo de mejorar la eficacia de los trabajos administrativos o mercantiles a los que se dedicaban lo que les animó a afrontar su dibujo. Cabe suponer también que así remediarían la ignorancia acerca del propio escenario, unas carencias culturales que sufría la sociedad. Son los estímulos que animaron a Aparici y Darnius a ofrecer al público el mapa que habían concebido, contando con la aprobación del monarca. En cambio, los perfiles biográficos de Garma y López delatan que sus obras están impulsadas por otros afanes, eruditos en el primero, y profesionalidad y compromiso político contraído con las autoridades en el segundo.

Sin duda, para el historiador de la cartografía catalana, la mayor novedad de esta oferta reside en la súbita ansiedad cartográfica desper-

tada entre la sociedad de este siglo, encarnada por estos actores. Un hecho sorprendente, que contrasta acusadamente con los siglos precedentes de nuestra historia. Es evidente la erradicación de la política de sigilo impuesta por los monarcas austriacos, alentando a sus sucesores, los Borbones, a su cultivo. Pese a que nos hallábamnos en otra etapa, y que resultaba algo difícil acallar la demanda e invención de ejemplares cartográficos, el estigma de la censura continuará vigente y ejercerá su férreo control sobre aquellos ejemplares que contengan los límites soberanos de España con Francia.

En cuanto a competencias profesionales, todos los creadores siguen la metodología compilatoria a la hora de componer y trazar sus imágenes, asistidos por reconocimientos efectuados sobre su escenario, según expresan. Es el caso de los dos primeros, que invocan la experiencia como credencial de su información. En cambio, no desvelan los ejemplares que manejan y tienen ante sus ojos, manuscritos o estampados. Un rasgo de autoridad que sí es esgrimido por los autores ilustrados, como es el caso de Garma y López.

Aunque hemos justificado su aparición apelando a motivos informativos, funcionales y propagandísticos, debemos reparar en los verdaderos ideales que mueven a sus autores, como puede ser la consecución de un mayor reconocimiento cultural, social y político. Un reconocimiento político que lograron todos ellos, como se desprende tanto de la autorización recibida para su grabado, como de los nombramientos que se les otorgaron. Gracias al dibujo del mapa, Aparici obtuvo el título de geógrafo de su majestad, aunque ignoramos el alcance político, económico o social derivado de tal distinción, especialmente al estar alejado de la corte. También Tomás López disfrutará de tal consideración. A estas credenciales externas debemos sumar el orgullo sentido al ser el autor de una obra estimada culturalmente y por los servicios que presta al ser utilizada en los círculos del poder administrativo y militar. Finalmente, la posibilidad de cosechar unos ingresos complementarios como resultado de su venta, no parece que fuera una compensación a su esfuerzo. Aunque ignoramos su alcance comercial, su coste absoluto y relativo, así como el ritmo de ejemplares que se despachaban, tam-

co parece que la venta fuera un éxito mercantil, máxime si tenemos en cuenta la precaria situación económica y cultural en la que se hallaba sumida la sociedad. Por otro lado, se trata de inquietudes materiales que estamos todavía muy lejos de despejar.³³

Otro tema relevante consiste en interrogarnos acerca de la audiencia a la que iban destinados, el uso que se hacía de ellos y los servicios que prestaban o beneficios que extraían. Sabemos que era una minoría social la que tenía acceso y manejaba este excepcional recurso, tanto por el coste que suponía, como por el potencial rendimiento que podía extraerse del mismo. Dentro de esta minoría, la nobleza era la más interesada, ya que les permitía reparar, concienciarse y salvaguardar sus intereses territoriales. En ella podemos incluir una aristocracia administrativa designada por las autoridades, cuya labor consistía en la gestión de los recursos territoriales que les habían sido encomendados por el poder central. Entre la misma se hallan igualmente las autoridades eclesiásticas —prelados, administradores o abades—, quienes gracias al mapa podían formarse una idea más precisa de la dimensión espacial de su ministerio pastoral y afanes territoriales. También a las autoridades militares les eran de gran ayuda, especialmente tras los convulsos años de los albores del siglo. Gracias a la documentación

33. Sería muy interesante arrancar cualquier dato o confidencia procedente de la experiencia cosechada por los estamperos que tenían a la venta el ejemplar, así como su demanda, preferencias, rivales, costes, clientela, gustos, etc. Según consta en los ejemplares que hemos consultado, la primera edición del mapa de Aparici estaba a disposición del público en «Casa Juan Pablo Martí, librero en la Plaza de San Jayme»; en su segunda edición, con otra caligrafía, vemos registrado «Véndese en Casa de Francisco Ribas, Lib. en la Plaza de San Jayme»; la segunda edición del dibujado por Garma, ostenta grabado el rótulo «Tienda de Estampas y Mapas de Cárlos Olginati, Calle de Fernando»; el mapa dibujado por Tomás López se distribuía desde su domicilio en Madrid; no obstante, algún librero de Barcelona también lo ofrecía, ejerciendo de intermediario, como revela la etiqueta que lleva adherida el ejemplar de Cataluña depositado en la Bibliothèque Nationale de París («Tienda de Estampas y Mapas de Cárlos Olginati, Calle de Fernando 7^o»).

conservada en Francia, sabemos que los mapas de Tomás López fueron afanosamente buscados por el Estado Mayor de las tropas napoleónicas. Entre ellos cabe incluirse el de Cataluña, especialmente entre aquellos mandos cuyas campañas bélicas se desplegaban por su escenario. Comerciantes y mercaderes, tanto españoles como extranjeros, es otro de los colectivos beneficiados por la disponibilidad de mapas recientes y detallados. A todos ellos debemos agregar los ilustrados, aquellas personas fascinadas por las virtudes heurísticas que encierran estas curiosas imágenes, quienes recorrerían con la vista todo el escenario, una y otra vez, imaginando viajes, paisajes y datos con los que dar cumplida respuesta a multitud de dudas geográficas, históricas o culturales. Sabemos de la presencia de un ejemplar en un despacho de un abogado barcelonés, aunque ignoramos cuál era. También, en las bibliotecas de algunos académicos, que es donde han permanecido guardados hasta hace poco algunos ejemplares. No debemos despreciar la demanda extranjera, tanto por parte de diplomáticos, profesionales y aficionados a la cartografía —así se explica la abundancia de ejemplares en bibliotecas extranjeras— como de viajeros que recorrían el país.

Finalmente, se halla el grado de experimentación que alcanzaron los usuarios con los mapas, los efectos promovidos en sus mentes y la paulatina conformación de una sensibilidad espacial e imaginación geográfica en la sociedad de ese siglo, comenzando por la minoría que tenía acceso a los mismos. Gracias a la reiterada contemplación de la imagen de Cataluña, la sociedad pudo hacerse una idea de su extensión, la ubicación de sus poblaciones, sus fronteras territoriales y marítimas, las distancias que separaba los diversos lugares, las rutas a seguir y puentes que facilitaban el paso de sus ríos, las circunscripciones administrativas, etc. En definitiva, la conformación de una cultura territorial emanada de la imagen, no forjada en la tradición oral plagada de misterios, que hoy día forma parte de nuestro patrimonio intelectual y capacidad de movilidad espacial.

7. *Los cuantiosos mensajes culturales que cobijan estas singulares estampas: los significados de las cartelas*

Las imágenes cartográficas de Cataluña encierran numerosos mensajes culturales que esperan ser desvelados. Sin duda, los que han despertado mayor interés hasta ahora son los intelectuales, es decir, aquellas competencias que sustentan su trazado y veracidad informativa. Recientemente, cobran protagonismo los aspectos técnicos o materiales aplicados, unas dimensiones que han sido desdeñadas en el pasado, como delata la ignorancia heredada acerca de los grabadores o del grado de éxito alcanzado con la venta de dichos mapas.

Ante la profusión de atributos que exhiben los ejemplares descritos, aquí nos vamos a limitar a las cartelas. Unas creaciones artísticas que vienen siendo juzgadas como elementos retóricos, ornamentales, destinados a dotar de encanto estético la imagen. Sin embargo, gracias a las aportaciones brindadas por la iconografía podemos advertir algunos de los significados que esconden, contemplándose como expresiones exaltadoras o tributos de celebración, orgullo y jerarquía social.

Así, si fijamos la mirada en la primera, la que exhibe el mapa dibujado por Aparici (1720), advertiremos rápidamente su alarde decorativo y el llamativo protagonismo que cobra en la composición. [fig. 8] Está presidida por un solemne blasón real, arropado por los pendones o estandartes de sus ejércitos, proclamando así su soberanía sobre Cataluña y su grandeza. A sus pies, como pedestal, aparece el armamento militar empleado en los campos de batalla. Una elocuente alusión a la fortaleza de sus ejércitos. Además, ubicada junto a la imagen de Cataluña, expresa su pertenencia a la Corona española. Este barroco despliegue ornamental acoge la dedicatoria tributada al nuevo monarca, Felipe V, primer protagonista mencionado en el mapa, al que secunda su autor y, en una esquina, fuera de este protocolo, el grabador. Una vez estampado el ejemplar, ante las miradas de las élites sociales, la cartela se convierte en una elocuente declaración política que debe ser recordada por toda la sociedad.



FIGURA 8. Suntuosa cartela engalanada con el escudo real y alegorías de las victorias logradas por el ejército de Felipe V. Contemplada empíricamente como mera ornamentación embellecedora de la imagen cartográfica, según la iconografía, el diseño desvela otros mensajes. Así, junto a elementos retóricos como la lengua empleada, proclama la sumisión del escenario de Cataluña a la soberanía del nuevo monarca. Como únicos protagonistas asociados con su alumbramiento figuran, por orden jerárquico, el monarca, el autor, el comerciante y el grabador.

(Fuente: B.N.F. Dep. de Cartes et Plans)

Similar riqueza alegórica podemos apreciar en la cartela insertada en el mapa de Darnius. [fig. 9] Siguiendo la lectura convencional, esta ostenta una decoración que anima y embellece la dedicatoria, tratando de complacer así al monarca y a la sensibilidad estética de la nobleza. Sin embargo, vemos que está perfectamente delimitada, separada del frondoso arsenal de datos territoriales que muestra la imagen, cobrando un selecto y diferenciado protagonismo. Para solemnizar la orla, el autor evoca a la justicia y la fama, unas virtudes que legitiman y proclaman el poder establecido. Asimismo, muestra gran profusión armamentística en sus flancos, un recurso ornamental que podemos comprender mejor en el caso de un militar de profesión. No obstante, debemos reparar en su significado ideológico, como celebración del poder y las victorias logradas por sus ejércitos. Toda ella refleja el gesto de aclama-



FIGURA 9. El mapa de Darnius (1726) exhibe una suntuosa cartela con la dedicatoria tributada al monarca. Un elocuente testimonio de adhesión al poder establecido y la proclamación de la legitimidad soberana de Felipe V. (Fuente: facsímil del autor)

ción tributado a Felipe V, de exaltación de su reinado y devoción a su persona, expresado mediante el camafeo de su retrato. Recordemos que este despliegue de mensajes simbólicos se halla ubicado junto al territorio de Cataluña, un escenario en el que su sociedad, en el pasado, había mostrado desafección hacia su persona y legitimidad.

Curiosamente, con el paso de los años, estas halagadoras adhesiones monárquicas pierden protagonismo, siendo sustituidas por recursos iconográficos que tratan de elogiar los recursos productivos del territorio —aquellos que constituyen la fuente en la que se sustenta su bienestar y riqueza— y también por emblemas con los que se identifica la nobleza. Nos referimos, en el caso de Tomás López, a la abundancia de agua como fuente de prosperidad agraria o aprovechamiento pesquero o comercial; y la alusión heráldica, a la antigüedad y grandeza de sus capitales administrativas, junto a los blasones de Cataluña y Rosellón, ya que este autor, junto con Darnius, incluye este territorio cedido a Francia.

No queremos concluir este apartado sin recordar la aparición, en el ocaso de este siglo, de una nueva cultura confeccionadora del mapa. Un procedimiento metodológico que aspira a reforzar su autoridad en círculos académicos, invocando la ética de su exactitud científica. Dicha convicción se irá extendiendo por toda Europa, siendo aplicada en Cataluña, por primera vez, en el verano de 1785. Los resultados aparecen plasmados en el trazado de su perfil costero, tal como vemos en el *Atlas marítimo de España* editado por Vicente Tofiño, primero en 1786 y luego, con el resto de los perfiles de la Península, en 1789. Los efectos desencadenados por este cambio cultural serán que la imagen cartográfica pasará a ser resultado de una acción científica que persigue la réplica en miniatura del territorio. Sin embargo, la aplicación de esta asunción cultural a todo el territorio exigirá la disponibilidad de personal técnico preparado, instrumentos de precisión, tiempo para llevar a cabo las tareas de observación y medida, y especialmente financiación, algo que solo se hallaba al alcance del poder central.

8. Conclusiones: las diversas miradas y sensibilidades proyectadas sobre la imagen cartográfica de Cataluña

En el transcurso de las páginas precedentes hemos visto cómo el patrimonio cartográfico de Cataluña ha despertado y está despertando la curiosidad de diversos colectivos, atribuyéndole cada uno de ellos diversos significados. Gracias a las cualidades documentales, estéticas y afectivas que reúne su estampa, en una primera etapa suscitó la estima de coleccionistas y documentalistas, quienes mostraron sus méritos geográficos e históricos y a sus protagonistas. Gracias a las sucesivas exhibiciones efectuadas de este legado, aunadas a las publicaciones aparecidas, podemos afirmar que el patrimonio cartográfico de Cataluña constituye una aportación cultural conformada por este colectivo.

La sucesión de actividades culturales promovidas en el transcurso de la segunda mitad del siglo xx, junto a la recepción de trabajos de investigación publicados fuera de nuestras fronteras, fueron los factores que estimularon la curiosidad de los estudiosos, quienes se fijaron en el mapa, no solamente como documento histórico, sino como una creación geográfica resultado de unos saberes y competencias aplicados en el pasado. Su aportación nos ha permitido conocer un vasto legado, del que sobresalen cinco ejemplares murales que se comercializaban y estaban al alcance de la sociedad en el transcurso del siglo xviii.

El primero corresponde a una venerable estampa cuyas planchas fueron grabadas por Vrients en 1606. Retocada y exenta de algunos de los elementos que enriquecen su retórica original, ahora nos muestra los escuetos datos del establecimiento que lo ofrece, con una estética más sobria. Pero lo más relevante de esta disponibilidad reside en cuatro estampas murales, tres de ellas concebidas y publicadas en Barcelona y una en Madrid. Con esta abultada oferta la sociedad catalana dejaba de depender de la producción extranjera. Una oferta que contrasta igualmente con la disponible en el transcurso del siglo anterior, una etapa jalonada por la sucesión de conflictos, batallas y sitios en su escenario. La nueva monarquía, consciente de las carencias heredadas, apuesta por su crea-

ción y difusión. Su fomento conduce a la estampación de los cuatro ejemplares descritos, trazados con la ayuda de una experiencia territorial y la apropiación de los secretos que esconde este recurso intelectual. Así pues, asistimos a tres novedosas innovaciones: una de emancipación; otra de accesibilidad y disponibilidad, y otra de familiarización.

Concluamos este largo periplo recordando que la imagen cartográfica alberga mensajes muy diversos, algunos de ellos poco conocidos. Así, gracias a la cultura en la que nos hemos formado, el mapa ofrece una compilación de datos geográficos ordenada, inteligible y fiable. Sin embargo, impregnados de una sensibilidad política, lo que realmente expresa es la existencia de una entidad política, con los atributos correspondientes a su espacio soberano, fronteras, unidades administrativas, red de comunicaciones y un conjunto de poblaciones esparcidas por su escenario a cuya cabeza se halla la capital. Este discurso político que esconde es el que explica que el mapa sea considerado como un símbolo, un referente de su identidad, que aglutina y representa a toda su sociedad, proclamando las cualidades del escenario que ocupa y posee.

Si nos preguntamos por sus protagonistas, las únicas personas que aparecen registradas son sus autores. Sin embargo, debemos advertir el papel desempeñado por otros colaboradores: desde la persona que impulsa y aprueba la publicación del dibujo cartográfico —el monarca y sus representantes políticos—, hasta la red de profesionales que contribuyeron a dicho alumbramiento, como grabadores y comerciantes encargados de su venta. La difusión social de los dibujos manuscritos precisaba el concurso de grabadores locales y estamperos dispuestos a ponerlos al alcance del público. En cuanto a la audiencia, sabemos que es muy escasa, limitada a las élites sociales del momento. Una minoría que tiene acceso a sus mensajes y que sabe apreciar las ventajas operativas que aporta su disponibilidad, incluyendo el prestigio y la seguridad inherentes a su posesión. En cuanto a los efectos desencadenados en la sociedad, cabe suponer que la claridad evocadora y la fuerza persuasiva de sus imágenes fueron incidiendo paulatinamente en su cultura, contribuyendo a mejorar su saber y sensibilidad espacial. Una masa social

que fue creciendo y manejando progresivamente este recurso, construyendo así su nueva imaginación geográfica.

Como manifestaciones culturales que son, los mapas esconden otros mensajes que esperan ser desvelados: desde la sensibilidad territorial de sus creadores al papel desempeñado por la tecnología en el proceso de invención y materialización. Aquí nos hemos limitado a examinar las cartelas, un elemento iconográfico que es juzgado como recurso ornamental, sin advertirse los mensajes políticos e ideológicos que evocan, legitimando su presencia y esmero estético.